

POLÍTICA ECONÓMICA E INDUSTRIAS CULTURALES EN AMÉRICA LATINA: HACIA UNA ESTRATEGIA MULTINACIONAL*

Carmen García Bermejo

RESUMEN: La dinámica neoliberal del libre mercado ha trastocado las incipientes políticas culturales de los países de América Latina. Por ello, esta región necesita diseñar una firme estrategia multinacional para defender a sus artistas, productores, públicos e industrias culturales de las poderosas transnacionales.

ABSTRACTS: Carmen García proposes that free market neoliberal dynamics have turned up side down cultural policies all around Latin America. Therefor, this region needs to design a sound multinational strategy to defend its artists, producers, public and cultural industries from powerful transnationals.

RÉSUMÉ: Carmen García soutient que la dynamique neoliberal du marché libre a bouleversé les politiques culturelles récemment créées dans toute l'Amérique Latine. C'est pourquoi cette région a besoin de la création d'un stratégie multinationale solide pour défendre ses artistes, metteurs en scene, public et industries culturelles contre les puissantes compagnies transnationales.

Bajo el actual sistema de la libre circulación de las mercancías, los intercambios comerciales implican la competencia, en el plano mundial, de todas las empresas incluyendo aquellas que producen bienes culturales, discos, casetes, films, programas de televisión, periódicos, libros, equpos

* *El Financiero*, 19 de mayo de 2003. Este trabajo se reproduce con un título distinto con el consentimiento de la autora.

Derecho y Cultura, núm. 9,
marzo-agosto de 2003,
pp. 93-100.

de computación, etcétera. Pero las industrias culturales estadounidenses, montadas por el comercio mundial, gozan de un poderío incluso destructor de las culturas nacionales. De tal suerte que, ahora, la Organización Mundial del Comercio (OMC) le ha quitado a la UNESCO su rol, ya que ese organismo internacional ha establecido que “los productos culturales también son mercancía”. Se trata de establecer las reglas del juego de los intercambios mundiales en el ámbito global, pero en condiciones desiguales de desarrollo entre los países del Primer y Tercer Mundo.

Aun en este contexto, corresponde al Estado definir una política cultural y arbitrar entre los intereses sectoriales implicados en la gestión del patrimonio y las industrias culturales de cada uno de los países de, en este caso, América Latina. En este sentido, los índices culturales permite a los gobiernos poder redefinir su política cultural y generar estrategias para contrarrestar los problemas que genera el libre mercado. Conocer qué consume, culturalmente, la gente, cuáles son sus preferencias, sus carencias, el número de lectores, de cines, de bibliotecas, de teatros, etcétera, y medir su impacto real en la población para saber cómo enfrentar la aplastante hegemonía de las empresas transnacionales, principalmente de Estados Unidos, quienes imponen su visión del mundo.

I. DESPOSESIÓN DEL PATRIMONIO

La recopilación de datos y estadísticas culturales en los países latinoamericanos es una acción reciente. Sin embargo, desde la Cartografía Cultural de Chile y el Sistema de Planeación Cultural de Venezuela hasta el Plan Decenal de Cultura de Colombia, el Sistema de Información Cultural de México y el Banco de Datos Culturales de Brasil, son altas las posibilidades de conocer la realidad de estas poblaciones y contribuir a la redefinición de sólidas políticas culturales que resistan los embates de las transnacionales. Sobre todo porque el panorama que hay en la región con respecto a su situación en el contexto del libre mercado aún es nebuloso, como quedó asentado en el “Seminario Internacional sobre Indicadores Culturales: su Contribución al Estudio de la Economía y la Cultura”, organizado por la UNESCO y el CONACULTA.

En ese seminario quedaron planeados varios paradigmas entre el papel del Estado y la creciente dinámica del mercado cultural mundializado, que no es más que la hegemonía de las potencias económicas sobre la

diversidad cultural de los países en desarrollo. En particular en América Latina, donde la grave situación socioeconómica de los últimos 20 años ha impactado negativamente en el desarrollo cultural. En ese sentido, la región ha perdido librerías, cines, teatros, salas de conciertos y público, aunado al cada vez mayor recorte de presupuesto para la cultura, como consecuencia de las políticas neoliberales aplicadas a las sociedades y sus culturas.

De esta manera, hay una regresión del desarrollo cultural doble. Por un lado, en cuanto a la capacidad de la sociedad latinoamericana de cohesionar y reafirmar la imagen de cada nación y de América Latina en conjunto y, por otro, en los mercados y escenarios simbólicos internacionales. Es decir, la región ha extraviado la capacidad de situarse competitivamente en mercados internacionales debido a la pérdida de solvencia en la producción editorial, cinematográfica, discográfica y videográfica, entre otros, para hacerlas competitivas.

Para Néstor García Canclini, investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), el panorama latinoamericano de las últimas dos décadas muestra la incapacidad de los gobiernos y de la mayoría de los sectores privados de América Latina para relacionarse con la cultura como recurso generador de empleos, atracción de inversiones y generadora de consensos sociales. En cambio, han tomado a la cultura como desecho: venden editoriales, cierran librerías, teatros y cines, desarticulan las industrias cinematográficas y disquera, permitiendo que las empresas transnacionales con sede en el Primer Mundo aprovechen las ganancias económicas y simbólicas que dan la difusión de la música en videos y discos, los recursos patrimoniales en el turismo y la comunicación mediática.

Entonces —afirma García Canclini—, a partir de los derechos de propiedad intelectual que los gobiernos no son capaces ya de garantizar, importaría hacer la nómina de, por ejemplo, las canciones que los músicos argentinos, mexicanos y brasileños que ya no pueden cantar sin pedir permiso a las disqueras transnacionales; de los monumentos arqueológicos e históricos entregados al negocio turístico transnacional; de las bibliotecas, archivos y programas informáticos que ahora, hay que consultar vía “Of America Latina”. Hoy debemos trabajar no sólo con indicadores del desarrollo cultural, sino también con el contradesarrollo. Es decir, construir indicadores que nos permitan evaluar la desposesión del patrimonio editorial, cinematográfico, musical y videográfico obtenido en al-

gún momento tuvimos. Indicadores que permitan medir comparativamente lo que estamos perdiendo en recursos invertidos en educación artística, cultural y mediática con relación a los países a los que emigran nuestros egresados y profesionistas.

La destrucción del campo público ha crecido muchísimo frente a esta voracidad lucrativa ilimitada. Por ello, los gobiernos de América Latina necesitan de los organismos internacionales interesados en la esfera pública, como la UNESCO o la OEA, para que los ayuden a diseñar un nuevo escenario en defensa de nuestros artistas, productores, empresarios y públicos. Se requiere establecer acuerdos con las empresas transnacionales, pero en condiciones de mayor equidad. En ese sentido es indispensable la incorporación de los indicadores culturales como una estrategia para contrarrestar el problema de los derechos culturales. Si la región no es capaz de organizar una estrategia legal, jurídica y multinacional con los organismos todavía interesados en lo público, sólo nos quedará ser citados en, por ejemplo, nuestras canciones para apelar a nuestra resignación.

II. LA CULTURA COMO CARIDAD

Uno de los campos donde se puede percibir el saqueo de los bienes culturales del que habla García Canclini es en el de la música. El estudio Iberoamérica 2002. Diagnóstico y Propuesta para el Desarrollo Cultural (Santillán) establece que las cinco empresas que dominan el 96 por ciento del mercado de la música del mundo, las llamadas mejores disqueras, son: EMI, Warner, BMG, Sony, Polygram y Phillips, las cuales compraron no sólo todas las pequeñas grabadoras brasileñas, sino todas sus casas editoriales donde los músicos registraban la propiedad de sus canciones. Así, las mejores tienen el derecho de propiedad y reproducción de gran parte del repertorio más conocido de la música popular brasileña, lo cual muestra la incapacidad de los países latinoamericanos de mantener la propiedad cultural de sus naciones debido a sus incipientes políticas culturales que han sido trastocadas por la hegemonía de libre mercado.

El panorama es cada vez más difícil para las sociedades latinoamericanas, sobre todo por el creciente interés de Estados Unidos de consolidar, para 2005, el Acuerdo de Libre Comercio para las Américas (ALCA). De ahí el interés por conformar una estrategia multinacional que contrarreste los efectos que tienen este tipo de tratados sobre la cultura de la región. En este sentido, Gonzalo Abad Ortiz, director de la

UNESCO en México, acepta el reto y resalta la importancia de diseñar, entre los organismos internacionales, instituciones nacionales responsables, sociedades civiles, gremios y demás interesados un mecanismo para incluir de inmediato el tema de la cultura en el proceso de negociación que hay con respecto al ALCA.

No debemos dejar —apunta— a la buena voluntad de los negociadores los temas culturales, ya que ellos carecen de instrumentos y sensibilidad para tratar la dimensión del tema. Esa habilidad se obtiene a través de diversos métodos, uno de ellos es que cada uno de los países participantes haga conciencia de la necesidad de contar con una estrategia multinacional para proteger los bienes y la producción cultural. La UNESCO podría poner en marcha esa propuesta dentro de las reuniones que realiza con ministros de cultura.

Pero, desde luego, la responsabilidad es en el plano nacional; es decir, en cada país tiene que haber una presión, una presencia, una participación del sector cultural para defender, no sólo en teoría sino en la práctica, la importancia de la cultura dentro de los procesos de negociación de los tratados de libre comercio. Este tema debe ser retomado, planteado, defendido y puesto en la escena pública para obligar a los grupos políticos a pronunciarse sobre ello. Debe haber un constante movimiento encaminado a la integración iberoamericana para que tengamos otro terreno de negociación y poder participar en ciertas decisiones. Aquí, la acción de las chancillerías es básica.

Este panorama obliga a los países latinoamericanos a la necesidad de elaborar indicadores culturales no sólo en comparación interna dentro de América Latina o del mundo hispanohablante, sino en relación con los mercados internacionales. Es decir, construir indicadores globalizados de interculturalidad para saber, por ejemplo, cómo se mueven las industrias culturales y en qué medio sociocultural y político están inmersas.

Sin embargo, ese objetivo es difícil de alcanzar. El investigador Teixeira Coelho, de la Universidad de Sao Paulo, Brasil, y especialista en políticas culturales, explica que los gobiernos de América Latina no tienen la fuerza ni la voluntad política, para desarrollar las industrias culturales de cada uno de sus países para, por lo menos, sostener una negociación no tan desventajosa con respecto a las empresas transnacionales:

Mientras esos gobiernos no fortalezcan sus industrias culturales —afirma—, no se puede hablar de que cada uno de los países latinoamericanos cuenta

con una sólida política cultural. Los funcionarios dicen tener una política cultural porque organizan presentaciones de grupos de danza, teatro y ópera, inauguran exposiciones, seminarios y ciclos de música, impulsan a escritores y editan sus obras. Eso le sirve relativamente a la población que acude a esas actividades, pero no a todo el país. O contamos con políticas culturales que impulsen las industrias respectivas o no tendremos una política cultural que se pueda presentar bajo este nombre.

Coelho también considera que América Latina podrá tener un desarrollo cultural más autónomo en el momento en que sus gobiernos dupliquen, por lo menos en los dos próximos años, los presupuestos para educación, cultura, ciencia y tecnología. Sobre todo, porque en casi la totalidad de los países de la región ha habido un empobrecimiento de la inversión científica y tecnológica asociada a la desactivación de planes de desarrollo industrial. Por lo tanto, es muy poco lo que la sociedad podrá saber de cómo está culturalmente un país, y porque podría o no cambiar, si no sabe que sucede con su desarrollo científico y tecnológico. De ahí la urgencia de correlacionar indicadores culturales con indicadores científicos y tecnológicos.

América Latina —continúa— está debilitada en cuanto a políticos y también en capacidad material para hacer las cosas; no tenemos presupuesto suficiente para la cultura porque éste es el último sector que se toma en cuenta para la distribución de los recursos. Ésta es una concepción absolutamente equívoca de todos los gobiernos que lo hacen, incluso por un populismo idiota. Hemos oído a muchos funcionarios decir que no pueden destinar mayores recursos a la educación, cultura, ciencia y tecnología porque primero hay que darle de comer a los niños. Esto no puede continuar más, aunque para erradicar ese cáncer se debe dar una larga batalla, ninguno de los gobiernos latinoamericanos tiene una preocupación real por la cultura.

Por ejemplo, ninguno de los gobiernos brasileños, ni después de la dictadura, ni el actual, ha tenido el coraje de tratar el tema de las industrias culturales: cine, medios masivos de comunicación, libros, videos, música... ante la voracidad de las transnacionales. Apenas estamos construyendo un banco de datos para hacer de la cultura el instrumento central de las políticas públicas. Pero la cultura se ha visto como una acción casi de caridad del Estado o de la iniciativa privada para ofrecer actividades artísticas a la población, en ese contexto las decisiones son subjetivas.

III. EXPRESIÓN MULTICULTURAL

Y es que los especialistas consideran que, en la mayoría de los países latinoamericanos, la política cultural ha sido incierta, oscura y discontinua. Muchas veces los gobiernos vienen y van, los ministros de cultura y los secretarios de Educación cambian llevándose con ellos sus planes. Lo que impera es la discontinuidad porque no está sustentada en la realidad. La importancia de contar con indicadores culturales radica en que se puede proponer el desarrollo del propio sistema de la cultura, pero también promover el avance tecnológico y la expresión multicultural de nuestras sociedades. La idea de la cultura como instrumento de desarrollo económico y social. No sólo se trata de respetar o reconocer las culturas nacionales dentro de los acuerdos, sino de cómo se pueden redimensionar recíprocamente los potenciales culturales.

Paulina Soto, a cargo de la División de Cultura del Ministerio de Educación de Chile, señala que, ante los inevitables procesos que llevan a los gobiernos de la región a establecer tratados de libre comercio, se requiere compartir —entre los países involucrados— mecanismos de reservas de exclusión cultural que impidan seguir considerando a los bienes culturales como simples mercancías para las transnacionales.

En el espacio latinoamericano —acota Paulina Soto— estamos enfrentados al desafío de la caída de las fronteras arancelarias para la circulación de bienes y negociaciones, fundamentalmente de los países ricos. Tenemos que poner ya en las agendas de negociación la lógica de los mecanismos legales de reservas de exclusión cultural que permita protegernos de esos monopolios. Difundir masivamente la declaración universal sobre diversidad cultural para que la sociedad conozca que tiene derechos culturales, sociales y económicos porque la población desconoce estos principios, a lo que más apela es a votar en los procesos políticos y demanda sus derechos sociales. Pero los derechos culturales son una masa nebulosa y, por lo tanto, la ciudadanía está fuera de discusión.

Pero esa situación es la consecuencia de un vacío: para la economía no existe la cultura como sector. Por lo tanto, los datos están dispersos porque la cultura no ha sido tema de números. Definir las fronteras de la cultura ha provocado que los economistas nos digan: mientras ustedes, sector cultura, no resuelvan cuáles son los marcos que cubre este sector, los seguiremos contemplando dentro de los paquetes financieros agregados. Hay una serie de actividades

que son eliminables para un gobierno porque están en la frontera de lo que nadie discute y esas son las actividades artístico-culturales.

Para Soto, será difícil lograr que los gobiernos latinoamericanos, por separado, consigan negociar mecanismos de reserva de exclusión cultural para las industrias latinoamericanas debido, sobre todo, a que el comercio mundial es una esfera en la que las prácticas preferenciales, proteccionistas y hasta desleales son prioridades básicas en sus reglas, antes que aceptar acuerdos multilaterales que protejan al débil del fuerte: “El trabajo de nuestros gobiernos es arduo —añade—, a los investigadores, artistas, intelectuales, productores y pequeños empresarios les corresponde presionar para conseguir que la cultura no se tome más como simple mercancía”.